

C  
U  
A  
D  
E  
R  
N  
I  
L  
L  
O  
S

PÁGINAS  
ESCOGIDAS

Rafael Barrett



007368

Colección: LITERARIA

inquietud

*Cuadernillos INQUIETUD* se presentan ofreciendo a los lectores algunas muestras (no se puede seleccionar entre lo selecto) del pensamiento y la literatura de Rafael Barret. Sobre su personalidad cederemos la palabra a Carlos Medinaceli.

Nuestro propósito será claro: ofrecer al público a través de estos modestos cuadernillos todo aquello que artístico y científico, cultural en fin, contribuya a la superación individual y colectiva. El tiempo dirá hasta donde podremos ver satisfechos nuestros deseos.

LOS EDITORES

AEP - CDHS  
BARCELONA

Segunda Edición

## Rafael Barret, un Americano de España

*¿Quién fué Rafael Barret? Sólo ahora se comienza a conocerle. Barret nació en Algeciras, de madre andaluza, de padre inglés. Mozo, viajó a la Corte. En Madrid hizo vida elegante, de mundano despreocupado y rico. Emulos suyos le forjaron una infame calumnia. Barret se presentó en un teatro, en noche de moda. En pleno palco, abofeteó al calumniador: un gran título de España. Escándalo. Barret se vió obligado a emigrar a América.*

Llegó a Buenos Aires. Comenzó a escribir en "El Diario Español" de López Gómera. Descubriendo en él los primeros síntomas de la tisis, se marchó al Paraguay, creyendo curarse en aquel clima. Allí se casó. Tuvo un hijo, Alex. Desde el Paraguay comenzó a enviar a "La Razón" de Montevideo unas crónicas firmadas con sus iniciales: R. B. Rodó lo descubrió. Se trataba de un gran talento según el autor de "Ariel". Más, durante muchos años, fuera de Rodó, y de pocos amigos generosos, como Samuel Blixén y Emilio Frugoni, Barret sólo conoció la pálida envidia de los impotentes, el odio implacable de los poderosos y la incomprensión del pueblo en favor del cual escribía.

Sólo años después de su muerte, —en una casa de salud en Arcachón, Francia— ha comenzado a hacersele justicia. Armando Donoso en Chile, publica un estudio: "Un hombre libre en América"; Blanco Fombona habla de él con admiración y edita, en su Biblioteca "Andrés Bello", "Moralidades Actuales" y "Cuentos Breves". En España, Ramiro de Maeztu escribe sus recuerdos de cuando conoció a Barret en Madrid y José



*María Salaverría, en sus "Retratos", colocándole junto a los máximos valores de la raza.*

*Barret sentía con la misma intensidad una degollina de coolies en China, como las iniquidades de España o la miseria de los yerbales paraguayos. Por su sentimiento del dolor humano, es universal. Es un español universalizado, pero, al final, conquistado por América, es americano. Y es americano, por ese otro aspecto que ni Figaro ni Clarín tuvieron, sino sólo Costa, en España: el ímpetu apostolar, aquello de no limitarse a escribir en defensa de los humillados y ofendidos desde la placidez de un gabinete: sino de salir a la calle a luchar, a brazo partido, por los explotados, exponiendo la vida. Por eso es justo parangonarle además con los grandes americanos civilizadores: Sarmiento, Montalvo, Martí.*

*Hay que conocer la vida y las ideas de Barret para admirar a uno de los más altos ejemplares de hombre que ha producido la humanidad.*

*De la lectura de sus libros se sale como de un baño de purificación, limpio de alma, eufórico de vida y rico de estímulos evangélicos para el bien, para realizar el bien sobre la tierra con las armas del amor; lo único que crea.*

*El ejemplo de Barret —de su vida y su obra— es el más digno que cabe señalar a las nuevas generaciones.*

CARLOS MEDINACELI



## La Pluma

AEP - CDHS  
BARCELONA

Miro mi pequeña pluma de acero, pronta al trabajo, y pienso un instante:

—Es descendiente legítima del genio más alto de la humanidad, del Prometeo que surgió en una lejana era geológica y robó el fuego de la Naturaleza. Es nieta de los rudos vulcanos que aprendieron a concentrar la llama en hornos de barro, separar el hierro de la escoria y dejar en la fundición el carbono indispensable. Es hija de los forjadores del Asia que descubrieron los efectos del temple, y fabricaron las hojas damasquinadas proveedoras de tronos. En ellas hay un átomo de la fatiga y de la angustia de los esclavos que faenaban con los grillos en los pies. Y como está hecha a máquina, veo hundirse en el pasado otra rama de su inmenso árbol genealógico. Ha salido de la palanca y de la rueda, de la mecánica y de la geometría; luce en ella un destello de Pitágoras y de Arquímedes, de Leonardo da Vinci, Galileo, Huyghens y Newton. Ha salido del empuje del vapor cautivo en los émbolos, y si por la metalurgia se emparenta con la química, por el vapor se enlaza a la termo dinámica, y a la pléyade de los héroes industriales de la pasada centuria. Para crear la pluma, los mineros enterrados vivos penan en las trágicas galerías, al resplandor tembloroso de sus lámparas. Por ella perecen, asfixiados o quemados por el grisú, aplastados por los desprendimientos, ahogados por las inundaciones subterráneas, o lentamente destruidos por la enfermedad. Y para llegar hasta mí, la pluma ha viajado a través de los continentes y de los mares, ha utilizado todos los recursos de la ingeniería civil y naval; para traérmela, el "motorman", colgado de su locomotora, ha pasado



las noches, bajo el látigo de la lluvia, con la mirada fija en el vacilante fulgor que la linterna arroja sobre los rieles, y el maquinista del "steamer", en la atmósfera febril de las calderas, ha espiado durante un mes la aguja de los manómetros, mientras el piloto consultaba la brújula y el marino interrogaba a los astros. Los pueblos y los siglos, las ciencias y las artes, las estrellas y los hombres han colaborado para engendrar la oscura pluma de acero...

"Lo pasajero no es más que símbolo", decía Goethe. Y ciertamente la efímera pluma —tan efímera que por la labor de un día se anquilosa, se oxida y sucumbe— es símbolo de algo; maravilloso ejemplo de la asociación, representa el dominio de nuestra especie sobre la inquietada y amenazadora realidad. No podrían encerrarse en este humilde pétalo de metal tantos esfuerzos, tantos dolores, tantas ideas, tanto espacio y tiempo humanos si no fuese una verdad sublime que hemos domado al planeta, que transportamos la materia con la rapidez del viento y el espíritu con la del rayo, que hacemos uno por uno prisioneros a los salvajes seres sin forma que nos rodean, y nuestros ojos empiezan a medir la distancia que nos separa de otros mundos. No lo dudamos: cuando hayamos conseguido condensar toda nuestra alma, todas nuestras almas en un punto —acaso más exíguo que la pluma de acero— nos habremos apoderado de lo infinito efectivamente. ¿Y qué es nuestra historia, sino la historia de la asociación? Los individuos, las tribus, las naciones, las razas y las clases se exterminan entre sí. Todavía hoy se llenan de cadáveres los campos de batalla, y se gime en el hospital y en la cárcel, y se tortura y se ahorca y se fusila; y la dinamita lanza su gran grito desesperado... Y ved la pluma de acero, donde se abrazan y se funden

esas fieras convencidas de que se odian... No, no nos odiamos aunque nos arranquemos las entrañas, porque el trabajo nos mezcla con una energía superior a las que aparentan dirigirnos, energía gemela de la que hace morderse y herirse a los sexos fecundos. Y mañana seguiremos ensangrentando la tierra, y asociándonos más estrechamente, y por lo mismo ensanchando nuestro poder sobre el universo. Llamad odio o amor a lo que nos precipita los unos contra los otros; ¿qué importa, si nos penetramos y nos confundimos, y la muerte nos renueva? El odio esencial es la indiferencia. No se odian los que creen odiarse ni los que creen amarse, sino los que se ignoran.

¡Oh pluma modestísima, que cuestras una fracción de centésimo y eres hermana de millones de plumas tan modestas como tú, y como tú condenadas a una breve y baja existencia! ¡Yo te respeto y te amo, y me pareces mucho más bella que la orgullosa pluma de águila que recogieron para Victor Hugo en una cima de los Alpes! Yo quiero morir sin haberte obligado a manchar el papel con una mentira, y sin que te haya hecho en mi mano retroceder el miedo.



G.D.H.S.-A.B.P.  
Breslona

## La Cartera

El hombre entró, lamentable. Traía el sombrero en una mano y una cartera en la otra. El señor, sin levantarse de la mesa, exclamó vivamente:

—¡Ah! es mi cartera. ¿Dónde la ha encontrado usted?

—En la esquina de la calle Sarandí. Junto a la vereda.

Y con ademán, a la vez satisfecho y servil entregó el objeto.

—¿En las tarjetas leyó mi dirección, verdad?

—Sí, señor. Vea si falta algo...

El señor revisó minuciosamente los papeles. Las huellas de los sucios dedos le irritaron. "¡Cómo ha manoseado usted todo!" Después con indiferencia, contó el dinero: mil doscientos treinta; sí, no faltaba nada.

Mientras tanto, el desgraciado, de pie, miraba los muebles, los cortinajes... ¡Qué lujo! ¿Qué eran los mil doscientos pesos de la cartera al lado de aquellos finos mármoles que erguían su inmóvil gracia luminosa, aquellos broncees encrespados y densos que relucían en la penumbra de los tapices?

El favor prestado disminuía. Y el trabajador fatigado pensaba que él y su honradez eran poca cosa en aquella sala. Aquellas frágiles estatuas no le producían una impresión de arte, sino de fuerza. Y confiaba en que fue-  
ra entonces una fuerza amiga. En la calle llovía, hacía frío, hacía negro.

Y adentro la llama de la enorme chimenea esparcía un suave y hospitalario calor. El sirvo, que vivía en una madriguera, y que muchas veces había sufrido hambre, acababa de hacer un servicio al dueño de tantos tesoros... pero los zapatos destrozados y llenos de lodo

manchaban la alfombra

—¿Qué espera usted?—dijo el señor, impaciente.

El obrero palideció.

—¿La propina, no es cierto?

—Señor, tengo enferma la mujer. Déme lo que guste.

—Es usted honrado por la propina, como los demás.

—Nos piden el cielo, y usted ¿qué pide? ¿Cincuenta pesos, o bien el pico, los doscientos treinta?

—Yo...

—¿Qué le debo ceder de mi dinero? ¿El cinco por ciento, el diez? ¿Le debo algo? ¡Conteste! ¿Qué parte de su fortuna deben los ricos a los pobres? ¿No se lo ha preguntado usted nunca? Si le debo algo, ¿por qué no se lo tomó? ¡Hable!

—No me debe usted nada...

—Y sin embargo esperaba usted un mendrugo, un hueso que roer. No; usted es un héroe; ama la miseria, desprecia el dinero. Pero los héroes no mendigan propinas. ¡Vaya un héroe, que no se atreve a clavarme la vista, ni a sentarse en presencia del vicioso! Yo adoro los vicios: comer calandrias traídas de Europa, trufas, foie gras, beber Sauternes, Pommard y Mumm —¿comprendes?— y entreabrir los más deliciosos muslos de mujer con que jamás soñaste, y colgar en mi cuarto pinturas que valen lo que el resto de tu casa. Yo no miento como tú; yo digo claro lo que me gusta, lo que conquisté. Y no lo conquisté devolviendo carteras y pidiendo limosnas.

El señor se divertía excesivamente. El obrero empezó a temblar.

—El honrado espera la propina. La espera de mi bondad, es decir, de mi cobardía. Yo no soy de los que sueltan cien pesos para consolarse de tener un millón.



No te daré un centavo. ¿Honrado tú? Eres despreciable y perverso. ¿Honrado tú, que has tenido en la mano la salud de tu mujer, la alegría de tus niños, y has venido a entregármelas?

El obrero vió en los ojos azules del señor algo glacial y triste: la verdad; y siguió temblando. El señor cogió los billetes de la cartera y los arrojó al fuego. Ardieron, y el obrero ardió también de repente. Agarró el cuello del capitalista y trató de echarle a tierra para pisotearlo.

Pero no pudo: su enemigo estaba bien alimentado, y hacía mucha esgrima en el club; el infeliz intruso fué dominado, alzado en vilo, lanzado del aposento, precipitado por las escaleras, despedido a la calle, donde llovía, donde hacía frío y caía la noche...

Y el señor sonrió, considerando que, por algunos instantes, había convertido un esclavo abyecto en hombre, él que tan acostumbrado estaba al fenómeno inverso.



G.D.H.S. - A.B.P.  
Barcelona

## Niñerías

Mi hijo tiene más de tres años. Es un niño excepcional. Todos los niños de esa edad son excepcionales. Pasan por un máximo de la curva descrita por el hombre. Atraviesan una época breve en que la suma de las prosperidades de la carne y del espíritu es mayor. ¡Flor de la florida infancia! ¡Momento sagrado! El cuerpo, rico aún de líneas redondas y suaves que recuerdan el seno que lo nutrió y la amabilidad de la leche, ha empezado a estirarse, enjuto por el juego. El músculo brota. Las pantorrillas bronceadas se endurecen. El pecho, cuando la agitación de la carrera le hace respirar angustiado, dibuja el sólido círculo de su oculta caja. El cuello adquiere su orgullo de pedestal; la cabeza comienza a sentirse cumbre, y se alza naturalmente hacia el cielo. Los pies se han vuelto ágiles y astutos. Las manos no son ya rollitos de inválida manteca. Saben acariciar y romper, y cada dedo aprende su oficio. La piel ha perdido el rosado excesivo y un poco vulgar de los que lactan todavía. Una sublime palidez, mensajera del corazón, pone su luz en las sienas delicadas. El cabello tibio se ensortija en bucles rebeldes. La boca, delicia húmeda y roja donde ríen, hasta en el llanto, los completos dientecllos, en un vértigo del beso. Los ojos rebosan inocencia, y también deseos innumerables: ojos en que caben ahora las perspectivas de los bosques y de las llanuras; ojos bastante profundos para retratar los mares y las estrellas, ojos en que reposará, mientras viva, la imagen del infinito. Esos ojos claros, sus ojos... ¿qué? ¿Se cerrarán, decís que se cerrarán?

Y mi hijo canta, grita, corre, torbellino de júbilo, pequeño alud de felicidad. ¿Han calculado los sabios la

energía que gasta un niño desde la mañana a la noche? ¿Cómo explican que gastando tanta crezca y se haga fuerte con tal empuje y rapidez? ¿En qué aritmética estará la solución? ¡Y además, mi hijo es valiente! —es capaz de asomarse a todos los precipicios, como si hubiera conservado sus alas de ángel... — ¿qué? ¿Se caerá por fin, decís que se caerá?

¡Oh, nuestros paseos filosóficos! En un charco del jardín se ahoga una avispa. Nos compadecemos de ella. Organizamos el salvamento. La sacamos con un palito. El quería sacarla sin artefacto alguno.

—¿Por qué el palito? —me pregunta.

Porque hay avispas que pican, ¡ay!, hasta cuando se las socorre...

A veces nos arriesgamos sobre el camino ancho, el camino que no se acaba nunca. Yo me fatigo mucho antes que él. Y hablamos. Y nos cruzamos con personas y con animales, con una vaca...

—Papá, esa vaca que viene, ¿“quién” es?

—No lo sé, hijo mío.

Casi siempre tengo que contestar lo mismo: “No sé”. ¿Qué? ¿Decís que él tampoco sabrá nada, que se irá sin saber nada?...

Una caravana de hormigas nos corta el paso. Hay que respetarlas. Mi hijo acostumbrado a que las gallinas y los perros menores huyan de él, contempla las hormigas silenciosamente, y después me interroga:

—Papá, ¿por qué no se asustan de mí?

—Porque no te ven, hijo mío. Eres demasiado grande...

¿Os sonreís? ¿Qué habríais respondido vosotros? De esos labios salen enigmas terribles. Salomón consiguió satisfacer a la reina de Saba. Yo dudo que mi hijo

se fuera contento. ¡No existe reina que tenga la imaginación de un niño de tres años! Poetas ufanos de vuestra fantasía, ¿podéis jugar tres horas con piedrecitas y cáscaras de nuez? ¿Podéis, como mi hijo, infundir un alma brillante a lo más inerte, oscuro, mutilado, muerto, a una mota de tierra, a un pedazo de trapo? ¿Si os llegara siquiera la imaginación a representaros el alma ajena, el dolor ajeno, hombres cultos, os trataríais unos a otros como máquina?

Para mi hijo no hay máquinas hasta hoy en el universo. Todo respira, todo es instinto y voluntad. Todo convida o amenaza. Todo es digno de amor o de odio. Así debió ser la aurora del mundo... ¿Qué? ¿Morirá? ¿Decís que mi hijo morirá?...





## La Mujer y la Muerte

Apenas nacemos, nos sentimos copados por la muerte. Avanzamos irresistibles y atónitos dentro del círculo, atados al lomo de los potros salvajes. Y árboles, astros y bestias, y las olas y la llama y nuestros mismos sueños son figuras indescifrables que se yerguen o huyen. Y vivimos inclinados y llenos de angustia, y no vemos el fondo

Pero entre las formas sin número que pasan rozándonos, o espían, o aguardan inmóviles, hay una más dulce y más fuerte. Es una sombra tan familiar y tan próxima, tan semejante a nosotros, que nos dejamos ir a la ilusión de que es nuestra sombra, y de que palpita cuando palpítamos; nos parece nuestro propio rostro, reflejado en aguas invisibles que lo deforman vagamente. Es el extremo accesible del misterio, la flor maravillosa que alzan hasta nuestro ser los tallos plantados más allá de la de las cosas.

Y el amor, que es sed de misterio, nos lleva a la mujer; nos asomamos a sus ojos porque está en ellos la sima eterna; su boca de sangre es la esclusa en que nos hemos de encajar y desvanecer, y entre sus brazos ensayamos la agonía.

Amar es el simulacro de morir. Nuestra existencia se ennoblece con estas representaciones del drama sagrado. El amor, que, como todo lo real, arraiga en el espíritu, arrastra la carne y estremece la médula de nuestros huesos; en su corriente todo vacila y cae, se transfigura el mundo y cambian de color las estrellas. Sólo la muerte tiene poder tan grande; sólo ella devora también con nuestro espíritu nuestra carne y nuestros huesos: sólo ella es capaz de abrir el mundo y revelarlo. Y así como ponemos en la muerte un tesoro de certidumbres, lo po-

nemos en la mujer, salvadora de gérmenes, hermana de la tierra, fresca fuente de olvido, madre de la belleza y de la melancolía. La mujer sabe que no se la posee sin desecharla; la mujer puede decir: "Este es mi hijo". Nosotros amamos y dudamos. El misterio se vuelve múltiple, irónico y cruel. Nos preguntamos quién es mayor enemigo del amor; si la traición o la fidelidad. Y la sabia vez, trayéndonos el dolor y el hastío, afina nuestra inteligencia y nos prepara a los últimos amores.

Para la muerte es lo que en nosotros sobra de la mujer, o lo que la mujer nos dió. La mujer empieza y la muerte concluye. Ir hacia una es hacer camino hacia la otra. Son las aliadas del misterio. Adivinamos sin embargo en la muerte algo absoluto y suyo, radicalmente nuevo; nos basta entrever, al fulgor del postrer relámpago, el terrible gesto que no termina, para convencernos de que la muerte es más seria y más definitiva que el amor. Agradecemos al destino que orna nuestros pobres días, enviándonos ese profundo y suave emisario de ultratumba, símbolo de la vida y de la fecundidad.

G. D. H. S. - A. E. P.  
Barcelona



## Diálogo Contemporáneo

EL IMPERTINENTE.— Muchas veces he buscado una buena definición de la política, y ni siquiera he conseguido encontrar una mala.

EL PERSONAJE.— La política soy yo.

EL IMPERTINENTE.— Lo difícil es definirte a tí. A primera vista la política constituye legítimamente un oficio. En ella la actividad humana parece emplearse a ejecutar una obra, a perseguir un fin. ¿Qué fin y qué obra? ¿Qué conocimientos requiere ese oficio? Aquí está lo incontestable. A juzgar por los hechos, la cultura intelectual es extraña a esta cuestión. Personas que ni para firmar toleran la ortografía ejercen altas influencias, y se dan casos de ministros instruidos. ¿Qué será mejor para la carrera política? ¿Saber química o historia, medicina o teneduría de libros? Hasta ahora los políticos no se arriesgan a estudiar nada. La política es un oficio amorfo, o el oficio de los que no tienen ninguno.

EL PERSONAJE.— Nos confundes con los vagos de profesión.

EL IMPERTINENTE.— Y hago mal, porque desgraciadamente sois a veces muy activos. Quizá la política sea una estricta función social, como la de las mujeres hermosas. Quizá se acerque a una Administración general de Favores, a una especie de beneficencia secreta. Reducida a ese papel sería tolerable y hasta divertida. Lo malo es que complica a los que no son políticos y su labor trasciende al público.

EL PERSONAJE.— Desempeñamos nuestra misión. ¿Quién orienta a los pueblos? Nosotros. No necesitamos especializarnos. Nos bastan la inspiración del

patriotismo y algunas ideas generales para dirigir espiritualmente a nuestro país.

EL IMPERTINENTE.— Si os contentarais con dirigirnos espiritualmente, no nos hubiéramos enterado nunca de vuestra existencia. Nos resultáis algo caros, pero nos resignaríamos a ese regular dispendio con tal de que no nos molestárais todos los días. La Prensa, que os asesora y registra vuestras travesuras con afición de comadre, nos mete a la fuerza la nariz en vuestra cocina.

EL PERSONAJE.— No extrañes esto. Lo que hacemos y decimos es de gran importancia.

EL IMPERTINENTE.— ¡Bah! Es la raza y no los políticos quien hace las cosas importantes. El porvenir de las naciones sale del trabajo, no de los discursos ni de las disputas. Vuestras nobles empresas son insignificantes como vuestras infamias. Lo único que os pedimos los que nos ocupamos en algo útil, es que no cacareéis tan alto, o que cacareéis más lejos.



# Reflexiones

Amor, hecho individual. Hijos, hecho social. De aquí los conflictos eternos y desesperados.

\* ● \*

La vida es corta, la muerte es larga. El amor es una estrategia contra la muerte. Ya que hay que acabarnos, queremos siquiera repetírnos, repetir un capítulo, una línea, una letra de nuestro ser.

\* ● \*

Los amores interminables no son necesarios. Dios hizo el mundo en seis días.

¿Queréis sin embargo, que vuestro amor dure?

—Alimentáos bien.

\* ● \*

Si sospecháis que vuestra amante os engaña, no os empeñéis en descubrir la verdad. Contentaos con la sospecha.

\* ● \*

Matrimonio: amor enjaulado.

\* ● \*

Conviene ocultar cuidadosamente la opinión que tenemos de nosotros mismos. Nunca estaríamos de acuerdo con los demás.

\* ● \*

Disimulemos nuestros méritos.

\* ● \*

Inspirar miedo sin herir la vanidad de nadie: he aquí el ideal. Que el amor propio de un semejante nos sea más sagrado que su dinero y que su mujer. Así evitaremos los peores enemigos.

\* ● \*

Alabamos a los muertos insignes para herir a los

vivos. Les alabamos también porque es una manera de agradecerles que se hayan muerto.

\* ● \*

Nada nos sorprende y nos indigna tanto como descubrir que los demás son exactamente lo mismo que nosotros.

\* ● \*

Un hombre aislado puede ser valiente. La multitud es cobarde, quizá por economía.

\* ● \*

Todo cambia con el curso de los siglos, menos las mujeres y la política.

\* ● \*

Si el cielo no tiene fin, la imbecilidad humana no tiene fondo.

\* ● \*

Buscad el origen o el resultado de vuestra felicidad, y encontraréis la desgracia ajena.

\* ● \*

Triste es que no se realice ninguno de nuestros sueños, y más triste que se realicen todos.

\* ● \*

Hay un triste momento, y es cuando la farsa humana deja de divertirnos. Cansados del sainete, esas muecas de monos afortunados no nos hacen ya reír, y murmuramos con repugnancia: "Realmente esto es lamentable, y el autor muy torpe. Échenos a la calle. Salgamos de este teatracho infecto a respirar el aire casto de la noche y a contemplar las altas estrellas".

\* ● \*

Quizá no sea morir negocio tan malo.

\* ● \*

La curiosidad es el buen apetito del espíritu. Ni los anémicos tienen hambre ni curiosidad los idiotas.

C.D.E.S.-A.E.P.  
Bascuena



Se sostiene que la imprenta difunde la verdad. Encuentro que sobre todo difunde la mentira.

\* ● \*

Es curioso: no conocía a ciertas personas a quienes saludaba. Ahora que las conozco, no las saludo.

\* ● \*

Lo que une a los hombres no es precisamente la comunidad de ideas. Esa comunidad es imposible; y si no lo fuera, sería de todos modos imposible. La diversidad engendra la vida y la armonía. Si las notas al mezclarse encantan nuestro oído, es porque son diferentes. Los hombres se unen no por ser igualmente pensantes, sino por ser igualmente sinceros. El universo es bastante ancho para que en él quepan distintas opiniones. Lo que divide es la mentira. Esa traición que el individuo se hace a sí mismo produce la traición de unos individuos y la ponzoña del mundo.

\* ● \*

Lo que hay que enseñarle al esclavo es que aborrezca su estado y se desprecie y se indigne: que ame la libertad más que su vida. No es cuestión de ciencia; no es ciencia lo que hace falta, sino conciencia. El hombre libre buscará la ciencia sin que se lo recomienden. El prisionero resuelto a evadirse buscará la lima que corte la reja. Aprender a leer es encontrar la lima. ¿Un libro?... Cosa admirable, si el libro corta la cadena y desnuda el espíritu.

\* ● \*

¿Qué es la poesía? El amor que descubre su propio ritmo

\* ● \*

No hay remordimiento más triste que el de no haber pecado.

La ciencia nos proporciona el placer de complicar nuestra ignorancia.

\* ● \*

La verdad no se demuestra. Se sueña. Sólo se demuestra la mentira.

\* ● \*

En política no hay amigos; no hay más que cómplices.

\* ● \*

El corazón que no ama es una cisterna tenebrosa, un depósito inmóvil que no recibe ni da. El corazón que ama es el remanso a cielo abierto, donde las mil corrientes del mundo descansan un instante para partir otra vez.

\* ● \*

¿Quién mejor que el buen presidiario cumple la ley? Es el ciudadano ideal. Es la ley hecha carne, hecha ejemplo.

\* ● \*

Hay quien se extraña de que por lo común los ricos sean avaros. Y, sin embargo, si no hubieran sido avaros cuando eran pobres, no hubieran llegado a ricos. El procedimiento que conserva es el mismo que cría. Para encontrar generosidad es preciso dirigirse a los pobres consuetudinarios o a los saltadores de camino.

\* ● \*

LA CIENCIA.— En uno de mis viajes lejanos, descubrí una isla.

De vuelta, visité a un geógrafo. Me oyó, consultó largamente libros y planos, y me dijo:

—La isla que ha descubierto usted no existe. No está en el mapa.

# Un Intelectual

El doctor X es un intelectual. Hace veinte años padeció una neurastenia decisiva. Desde que estuvo a punto de quedarse imbécil, a consecuencia de excesos mal desinfectados, X descubrió que tenía talento, y divulgó la noticia. Hoy se le ve robusto y colorado. Sus ojos grandes y redondos resplandecen de salud satisfecha. Como es doctor, ha ganado mucho dinero, y está muy ocupado en descansar. Afirma que la neurastenia ha dejado en él rastros siniestros, y es preciso acabarla de vencer. Se dedica, pues, a una ociosidad higiénica y prolongada. Cuando piensa uno en las obras que hubiera podido escribir, se maravilla: ¡Qué cabeza!

Ha publicado en vida tres folletos, hasta de sesenta y tres páginas el mayor, sin contar el índice de las materias contenidas: todos con advocaciones, dedicatorias, prefacios y advertencias, notas prolijas y márgenes de media vara. El uno es político, el segundo jurídico y el tercero histórico. Valen tanto unos como otros. X es enciclopédico, y además miembro correspondiente de algunas academias del extranjero. La señora de X suspira: "le adoro al doctor, ¡es tan científico!"

El doctor X se hace enviar todos los libros importantes que aparecen en Europa. El idioma le es indiferente. Los anchos vapores de Mihanovich depositan cuidadosamente en el muelle, cada semana, pesadas cajas repletas de impresos. X se estremece de entusiasmo. Palpa, verifica, encuaderna y cataloga. La biblioteca alcanza ya a quince mil volúmenes. ¡Lástima que nadie los lea!

Entrad en el gabinete del doctor X y os sentiréis invadidos por el respeto que imponen los oratorios del

saber. Altos y sombríos anaques, pegados al muro, y acortinados de rojo, guardan intactos los tesoros de la moderna erudición. Ricos objetos relucen reposada y desdenosamente en la penumbra de la pieza. Sentado en la mesa amplia y augusta, convenientemente cubierta de tomos y papeles, el doctor X medita. Os ha oído, se arranca generosamente a sus reflexiones, se digna sonreír, desata vuestra timidez con amabilidad hidalga. Parece verdaderamente alguien.

Es muy visitado, porque además de los tratados de metafísica y de sociología le mandan de "allá" un té exquisito y un coñac auténtico. Ha aprendido muy bien cómo debe recibir un intelectual de primera clase, sobre todo cuando tiene dos estancias y un suntuoso mobiliario. No se equivoca un momento. Se diría que nunca ha hecho otra cosa.

Varias cosas sorprenden cuando se le trata: la figura marcial, de hombros atléticos y abundante bigote. Cuerpo excelente para un labrador o para un sargento de caballería. El doctor os alarga la mano, y tembláis al adivinar el apretón formidable. Pero nada; el bloque de carne descansa inerte entre vuestros dedos: un pedazo de lomo crudo. Después, los gestos lentos y ceremoniosos, que se hacen a sí mismo reverencias. Después la voz mesurada, morigerada, igualita. Pronuncia despacio, colocando en equilibrio las frases sobre la atmósfera. Comprende que la posteridad le escucha, y no quiere pasar con erratas a la historia.

Después desea uno fijarse en lo que dice. Esto es difícil y más difícil recordar lo que dice. ¿Dice algo? Quizá no. La conversación de X es una especie de solemne pantomima, acompañada en sordina por puro lujo.



A fuerza, sin embargo, de escarbar la memoria, sacó a flote ciertos tópicos de X. Admiro la seguridad con que el doctor resuelve las más oscuras cuestiones. Para él ha encontrado el siglo XIX la clave de todos los enigmas. El materialismo de Buchner explica de un golpe los misterios que durante miles de años atormentaron a la humanidad. X compadece a los curas, a los espiritualistas, a los que sueñan todavía el más allá. ¡Pobres diablos! Debilidad de espíritu. El doctor suele también referir en largos períodos impecables y vacíos las diversas obras que proyecta escribir. Otras veces alude a los personajes que le fueron a ver durante la semana. Jamás menciona directamente sus nombres; los rodea de tinieblas. Así murmura: "donde está usted estuvo anteayer el señor secretario de la Dirección General de Estadística", o sino, con más sigilo aún: "vino a consultarme una persona que desempeñó trascendental papel en los sucesos políticos de fines del 89". En cuanto a lo que estos señores dijeron... discreción absoluta.

En una ocasión, en una sola, es cierto, ví al doctor X abandonar esa serenidad goethiana, tan propia de un alma superior. Estábamos tomando el famoso té. Una niña morena y humilde se acercó trayendo el famoso coñac en una bandeja, flanqueado de copas diamantinas. La criadita trapezó, y botella y copas se hicieron añicos. El doctor, olvidándose súbitamente quién era, se levantó y descargó su manaza de carretero en la morena carita de la niña asustada. Contemplé marcadas en sangre las cinco uñas de la zarpa, y comprendí que no sólo hay inteligencia en X, sino emociones naturales. Es un intelectual completo.

## La Madre

Una larga noche de invierno. Y la mujer gritaba sin cesar, retorciendo su cuerpo flaco, mordiendo las sábanas sucias. Una vieja vecina de buhardilla se obstinaba en hacerla tragar de un vino espeso y azul. La llama del quinqué moría lentamente.

El papel de los muros, podrido por el agua, se despegaba en grandes harapos, que oscilaban al soplo nocturno.

Junto a la ventana dormía la máquina de coser, con la labor prendida aún entre los dientes. La luz se extinguió, y la mujer, bajo los dedos temblorosos de la vieja, siguió gritando en la sombra.

Parió de madrugada. Ahora un extraño y hondo bienestar la invadía.

Las lágrimas caían dulcemente de sus ojos entornados. Estaba sola con su hijo. Porque aquel paquetito de carne blanda y cálida, pegado a su piel, era su hijo...

Amanecía. Un fugor lívido vino a manchar la miserable estancia. Afuera, la tristeza del viento y de la lluvia.

La mujer miró al niño, que lanzaba un gemido nuevo y abría y acercaba la boca, la roja boca, ancha ventosa, sedienta de vida y de dolor. Y entonces la madre sintió una inmensa ternura subir a su garganta. En vez de dar el seno a su hijo, le dió las manos, sus secas manos de obrera; agarró el cuello frágil, y apretó. Apretó generosamente, amorosamente, implacablemente. Apretó hasta el fin.

## La Ultima Primavera

Yo también, a los veinte años, creía tener recuerdos.

Esos recuerdos eran apacibles, llenos de una melancolía pulcra.

Los cuidaba y hacía revivir todos los días, del mismo modo que las flores de mi jardín.

Todo me parecía suave, elegante. No concebía pasión que no fuera digna de un poema bien rimado. El amor era lo único que había en el universo; el porvenir, un horizonte bañado de aurora, y, para mirar mi exíguo pasado, no me tomaba la molestia de cambiar de prisma.

Yo también tenía —¡ya!— recuerdos.

Mis recuerdos de hoy...

¿Por qué no me escondí al sentirme fuerte y bueno? El mundo no me ha perdonado, no. Jamás sospeché que se pudiera hacer tanto daño, tan inútilmente, tan estúpidamente.

Cuando mi alma era una herida sola, y los hombres moscas cobardes que me chupaban la sangre, empecé a comprender la vida y a admirar el mal.

Yo sé que huiré al confín de la tierra, buscando razones sencillas y nobles, y que allí, como siempre, habrá una mano sin cuerpo que me apuñalee por la espalda.

¿Quién me dará una noche de paz, en que contemple sosegado las estrellás, como cuando era niño, y una almohada en que reposar después mi frente tranquila, segura del sueño?

¿Para qué viajar, para qué trabajar, creer, amar?  
¿Para qué mi juventud, lo poco que me queda de juventud, envenenada por mis hermanos?

¡Deseo a veces la vejez, la abdicación final, amputarme los nervios, y no sentir más la eterna, la horrible náusea!

Desde que soy desgraciado, amo a los desgraciados, a los caídos, a los pisados.

Hay flores marchitas, aplastadas por el lodo, que no por eso dejan de exhalar su perfume cándido.

Hay almas que no son más que bondad. Yo encontraré quien me quiera.

Si esas almas no existen, quiero morir sin saberlo.

En un rincón miserable, en una buhardilla, debajo de un puente, en el hueco de una peña, no sé donde, ni en qué continente, me espera mi hermana.

Yo la encontraré. Y no la dejaré escapar, no. Y viviré mi última primavera.



## Epifonemas

MONROE.— “América para los americanos”. Muy bonito, pero un poco vago. “Norte América para los norteamericanos”, me hubiera tranquilizado completamente.

\* • \*

LA COMPASION.— El ave feliz cantaba en el árbol. El cazador apuntó cuidadosamente, pero antes de apretar el gatillo murmuró:

—¡Pobre animal!

No, la humanidad no es tan mala.





## La Sinceridad

No acaba la humanidad de ser libre. Ha tenido amos durante tantos siglos que aún necesita el amo. Derribados los espesos muros de su prisión, todavía aprisiona el recuerdo. Todavía la impiden caminar los grillos ausentes. El aire puro la ahoga. El infinito azul la desvanece. La libertad es también un yugo para ella. Llevamos en el alma la marca ardiente de la esclavitud: el miedo.

Nerón encontraría hoy un trono, y Atila un caballo, porque los hombres tienen miedo y reconocerían en seguida el familiar chasquido del látigo. A falta del déspota histórico, soportan un enjambre de tiranuelos que no les dejan perder la costumbre: galones y espuelas, cacicatos políticos, espionaje, capital y usura. El pensamiento teme, la lengua calla, y la sinceridad, como en tiempo de Calígula y de Torquemada, es siempre un heroísmo.

La libertad está escrita; yo no la he visto practicada. Inglaterra es una corte pudibunda, Alemania un cuartel, España un convento. No hay pueblos civilizados; hay hombres civilizados. No he visto pueblos libres, he visto hombres libres. Y esos pocos hombres, pensadores, artistas, sabios, no tienen nada de común con los demás. Se les pasea como a bichos raros. Lo han hecho todo sobre la tierra, pero no es probable que lleguen al poder público. Por eso no se les persigue con la crueldad de otras épocas. Son los asombrosos del porvenir. Se les mira como a monstruos. Es que pensar, decir, hacer algo nuevo es todavía una monstruosidad.

El miedo es lo normal. Su hábito es la hipocresía, su procedimiento la rutina. Los que no son estúpidos si-

mulan la estupidez. Hay que imitar a los demás, hay que ser como todo el mundo, como nuestros padres, como nuestros abuelos. Nuestro mayor orgullo es que nuestros hijos sean copia nuestra, y constatar que la sociedad no ha dado un paso. Ocultemos la vida interior, las ideas, chispas que saltan de la fragua, las pasiones fecundas. Son la desgracia, el pecado. Escondámonos detrás de nosotros mismos, y aguardemos la muerte sin hacer nada.

Se explica la hipocresía del criminal. Comprendo sobre todo la hipocresía necesaria al débil. El débil no puede ser sincero. La sinceridad atrae el rencor, el rencor general provoca lo imprevisible. Sólo el fuerte resiste y ama lo imprevisible. La salvación del débil está en no distinguirse. También el insecto reproduce los matices del árbol que habita, y la víbora, por escapar del águila, se confunde con las ramas muertas.

Lo aborrecible es la hipocresía inútil, universal, que asfixia en germen la originalidad redentora y nos hace lacayos los unos de los otros. La ley de los carneros de Dindennault es la suprema ley. Nuestra existencia es un tejido de absurdos y de cobardías. El traje, la casa, el lenguaje, el ademán; el modo de entender la amistad, el amor y las demás relaciones sociales; las nociones de respeto, honor, patriotismo, derecho, deber; lo que, en una palabra, constituye al ambiente humano, está repleto de contradicciones humillantes, pintarrajeado con los grotescos residuos de un pasado semi-salvaje, mutilado en fin de todo lo que signifique unidad y armonía. Cuando el conjunto de las cosas estaba orientado alrededor de un dios o de un príncipe, el espectáculo de la humanidad no era tan desagradable. Hemos suprimido ese foco ideal y hemos obtenido la democracia moderna, caso incomprendible del cual no saldremos mientras no nos de-

cidamos todos a mirar la realidad cara a cara, a ser sinceros y a despreciar la hipocresía.

La mayoría inmensa de los hombres es incapaz de crear una idea, un gesto. Darán la carne de la generación próxima y nada más. A fuerza de acallar su pensamiento lo han enmudecido para siempre; a fuerza de amordazarlo le han estrangulado. Su hipocresía ingénita ha dejado de serlo. De tanto llevar la máscara se han convertido en máscaras inertes, que no encubren sino el vacío. Son los sepulcros blanqueados de Cristo. Parecen vivos y están difuntos.

Pero en muchos de nosotros se despiertan vibraciones nuevas, se levantan conceptos nuevos del destino y de la voluntad. En muchos de nosotros la razón habla, y no la escuchamos; embriones sagrados se mueven confusamente en nuestro espíritu, y los hacemos morir. Matamos lo que no ha nacido aún: tenemos miedo. Esperamos a que lo nuevo, es decir lo verdadero, lo hermoso, venga de otros. Otros, sí, bohemios melencuos, chiflados vacilantes, hambre, fiebre. ¡Cómo nos hemos ingeniado en martirizar la dolorosa juventud de los mesías! ¡Cuántas veces les hemos clavado las manos y los pies, y nos hemos reído de su facha lamentable! Por fin se ha descubierto que el talento es una enfermedad, y el genio una locura. Arrastramos la librea burlándonos de los enfermos y de los locos que traen la aurora. Sin valor para librarnos ni del oprobio de una vestimenta inexplicable, aguardamos a que cambien la moda, los cómicos y las prostitutas.

Nos educamos en el disimulo y en la avaricia. Jamás nos ponen de adolescentes frente a la verdad para decirnos "mírala, grítala". No; hay que callar o repetir. Hay que absorber la energía ajena, y petrificarla en nuestro egoísmo. Es preciso que con nosotros sucumba

todo lo que vive dentro de nosotros; que con nuestra vida conluyan las futuras probabilidades de una vida superior.

Seamos sinceros. Bella es la máxima de amar al prójimo, y más bella la de amar al prójimo que no vemos, al que vendría mañana. Abriendo nuestra conciencia al viento y a la luz mientras respiremos, quedarán en el mundo, como prolongación de nuestro ser, formas duraderas o efímeras, nobles o humildes, avasalladoras o débiles, pero formas nuevas, formas vivas que se unirán a otras para engendrar una molécula de armonía, formas esencialmente nuestras, y única justificación, único objeto de nuestra existencia breve.

Seamos sinceros. Libertemos cada día nuestra ingenuidad. Lancemos la semilla al surco desconocido. Suframos, ¿quién ha dicho que la vida es placer? Entreguémonos, ¿qué deseamos conservar, si no logramos conservar nuestros huesos? Entreguémonos. Es el mejor medio de perdurar.



AEP - CDHS  
BARCELONA



## Serenidad

A los veinte años vemos en el mundo un espectáculo de belleza; un problema científico a los treinta, y a los cuarenta un enigma moral. Con la paz austera de las noches elegidas, cuando las casas duermen, y más allá de las calles mudas adivinamos los bosques pensativos y los mares inmóviles bajo los astros que sosiegan su respiración luminosa, el enigma moral se levanta en el sagrado silencio, y la naturaleza entera medita también su destino. Poco a poco desciende hasta nosotros una soledad formidable.

Entonces nos parece la existencia alucinación de neurasténico, delirio razonado en que soñábamos amar, en que creíamos confundir nuestras almas con otras almas envueltas ahora en un secreto cruel. Podemos acudir a los seres adorados, gritar a su oído, clavar nuestros ojos en los suyos, estrechar su carne tibia... ¿Para qué? Debajo de esa carne, máscara que la muerte arranca con el rostro, hay una chispa cuyo color no sabremos nunca. Debajo de nuestra carne tiembla prisionera la médula central de nuestro espíritu, condenada a no comunicarse jamás —no se comunica sino lo que es común a todos—, condenada a palpar amordazada contra la dura realidad que la oprime y la aprieta como una red a un pájaro ciego.

Solos, irremediamente solos; he aquí la verdad. Subimos hasta el presente desde las remotas profundidades del océano del tiempo. Es el pasado, el tronco de los instintos lo que nos une a nuestros hermanos. La flor de nuestra vida permanece interior y oculta. Cada uno de nosotros habita una isla desierta.

## Acto de Esperanza

Analizad las virtudes viriles, y descubriréis que se reducen a una: la esperanza. No seríamos jamás constantes, heroicos, verídicos, pacientes, si no esperáramos, si no esperara nuestra carne, nuestra inteligencia, nuestro ser oculto, si no confiáramos, hasta durante la agonía, en los frutos del tiempo. El tiempo camina sin mirar atrás; todo le es permitido menos arrepentirse y deshacer su obra. No podemos más que avanzar. El Universo no retrocede. ¿Cómo no llenarnos de esperanza? ¿Cómo no adelantarnos a las posibilidades maravillosas? ¿Cómo no sentir la inminencia continua de lo nuevo, de lo que a nada se asemejará? Creíamos que no se debe esperar sino en los dioses; que sólo ellos son sagrados. Error: todo es sagrado; todo colabora, puesto que todo vive. Somos sagrados en primer término: la naturaleza no nos ha revelado hasta hoy ningún factor tan prodigioso como el hombre. Admirémoslos de nosotros mismos; esperemos en nosotros mismos. Aprendamos a venerar los misterios que encierra nuestro espíritu, y a fiarnos de su incalculable potencia.

El mal es profundamente insignificante, porque no es capaz de detener el mundo. No demos demasiado valor a los males que hicimos; no recordemos demasiado los momentos en que la noción de nuestro destino se oscurecía. Ahuyentemos los dolores estériles, el remordimiento, la idea del pecado, la manía de la expiación. No somos pecadores, no somos culpables; la mayor y la más estúpida de las culpas sería castigarnos o castigar al prójimo. No somos reos ni jueces; somos obreros. No atribuyamos al mal una consistencia que no tiene; matémosle con el olvido. Nuestro corazón está limpio; levantémo-

nos alegres y ágiles en el designio del bien. Un minuto de bien anula los crímenes de la historia. Y olvidemos con igual serenidad el mal y el bien que pasaron. Si fuimos santos o delincuentes, ¿qué importa? No somos ya lo que fuimos. Nos despertamos otros cada mañana. ¿Quién dijo que en nuestra vida no vuelve la primavera? Vuelven amorosamente sobre nosotros innumerables primaveras. Nos renovamos siempre; vivir es renovarse. Olvidemos los fantasmas; esperemos en lo único que existe: en el porvenir.

Y olvidemos también el mal y el bien que nos hicieron. Seamos bastante grandes para amar sin causa. Además, el hombre sincero merece sufrir. Por mucho que yerre, lleva en sí un átomo de esa cosa terrible: la verdad. La especie humana, con un pudor salvaje, se resiste a la verdad que la fecunda, y el hombre sincero padece la traición de los amigos, la persecución de los poderosos, y conoce el abandono y la miseria. Mas, ¿qué valen sus molestias exteriores si se las compara con la divina exaltación de su alma? El que bebe en esa copa sublime no se cura nunca. Y poseídos de la embriaguez del bien, del vértigo del futuro, seguimos la marcha. Apartemos los ojos de la noche que se inclina; fijémoslos en la aurora. Y si el pasado intenta seducirnos con su arma de hembra, la belleza, rechacemos la belleza, y quedémonos con la verdad.



LA VIDA ES TERNURA

Rafael Barrett

AEP - CDHS  
BARCELONA



IMPRESO EN LOS  
TALLERES GRAFICOS  
"RENACIMIENTO"



TUPIZA



BOLIVIA